

# Lóbulo Frontal

Requin

Lóbulo Frontal



Requin

# Capítulo 1

## LÓBULO FRONTAL

### Capítulo 1

Me encanta esta pareja, duerme bien, se lleva bien y no pasan la aspiradora con frecuencia bajo la cama. Él ronca cuando está muy cansado, ella habla dormida.

Cómo llegué a tener esta, vamos a llamarlo inclinación, a dormir en casas ajenas sin que los habitantes sepan de mi presencia es algo que recuerdo con un sabor agridulce.

Mi padre siempre disfrutó de la confección de muebles, desde la madera en bruto, pasando por corte de ramas y limpieza de troncos, hasta el pulido final. Tenía variedad de herramientas, las que eran eléctricas y a las que tenía prohibido el acceso por tener ocho años. Me encantaba el olor a madera recién cortada, el pino, sobre todo, el aroma del barniz y lo grande que me sentía cuando mi padre me daba una brocha y me permitía ayudarlo. Cuando él trabajaba en la madera, siempre me ponía de pie en una esquina y lo miraba, aprendiendo todo. Me gustaba el serrucho eléctrico, tan eficaz, limpio y rápido.

Ese día era especialmente soleado, mi padre no usaba su sombrero, por lo que se notaba en su ceño fruncido su dolor de cabeza. Yo bebía un vaso de jugo. El cambio más brutal de mi vida supo a fresas. Con la condensación, el vaso resbaló de mi mano, cayó al piso haciendo gran ruido. Mi padre se distrajo mientras cortaba madera reciclada (a veces recogíamos madera de la basura) el serrucho eléctrico se encontró con un gran clavo y salió volando hacia mi cara; mi padre intentó atraparlo, lo que le costó dos dedos y no evitó que la hoja se incrustara en mi cabeza, sobre mi ojo izquierdo. Por la fuerza con la que salió disparado el serrucho, lo desconectó, y gracias a eso no se concretó mi muerte. Mi padre gritaba, de dolor por su mano y por su hijo. La vista de mi ojo izquierdo estaba nublada, sólo veía el cielo, no entendía lo que estaba pasando. Mi madre me pedía que me quedara con ella, yo quería hablar, pero no lo lograba "estoy contigo mamá", y me dormí.

Desperté en un hospital. Después de muchos días en cuidados intensivos, desperté y cuando confirmaron que mi cerebro funcionaba y que ya podía tragar mi comida de forma adecuada además de respirar sin apoyo, fui trasladado a una sala común. Podía oír todo, pero veía a medias. No podía hablar. El doctor me estimulaba con una linterna, me preguntaba mi nombre, si sabía dónde estaba, si recordaba lo que me pasó. Mi madre estaba en la puerta, ya que cuando el doctor examinaba, los acompañantes del paciente debían salir. Me miraba suplicante, yo no podía decirle nada. Pude decir vocales, con mucho esfuerzo, A...A...A...O... La tarde de ese día me dieron comida. Afortunadamente pude comer con

normalidad ya que podía masticar y tragar sin complicaciones. Luego, pasaron las educadoras. En ese hospital aseguraban la continuidad de estudios a los niños hospitalizados, para que no tuvieran retrasos en su desarrollo cognitivo y académico como consecuencia de su hospitalización. Al ver el vendaje en mi cabeza, mi diagnóstico y mi edad, le preguntaron a mi madre si podían dejarme materiales para colorear, me miró y asentí.

Me dejaron una mandala, no supe hasta los quince años lo que era aquel dibujo, en esa época sólo veía círculos superpuestos. Lo coloreé, me salí de las líneas pese al cuidado que presté a esa tarea, como cuando tenía cuatro años. Se me ocurrió intentar escribirle una nota a mi madre, tarea que fue exitosa. Con letra temblorosa y vacilante, le dí un mensaje claro y conciso "Hola Mamá, te amo". Se lo entregué y comenzó a llorar. Besó mis manos, me dijo que me amaba y llamó a la enfermera para comunicarle mi repentino avance.

-Enfermera, el doctor no sabe que mi hijo aún puede escribir, acaba de hacerme esta nota -dijo emocionada mi madre-.

-Le informaré de inmediato -confirmó ésta-.

La enfermera salió rápidamente a telefonar al doctor, tomaba el auricular con ambas manos ya que se sentía feliz de dar buenas noticias. A diez minutos de aquel llamado volvió el doctor que me había controlado en la mañana.

-¿Puedes leer? -preguntó el doctor sin preámbulos-.

Asentí

-¿Puedes escribir?

Asentí

-¿Recuerdas los números?

Asentí

-Eres un hombrecillo muy fuerte

Asentí sin un mínimo de humildad

-Señora-dijo dirigiéndose a mi madre- su hijo ha sobrepasado el pronóstico, es poco común que alguien siga con sus funciones cognitivas casi intactas después de recibir semejante trauma en el cerebro. Debo ser honesto con usted, en ocasiones, así como hay avances, hay retrocesos, por lo que le ruego no desespere si hay días en los que su hijo se ve o actúa de un modo distinto o particular-.

-Gracias doctor

-Hasta luego

Todas las salas tenían grandes ventanas para que las enfermeras pudieran observar y acudir en caso de cualquier emergencia. Pude ver al doctor tomar asiento en la estación de enfermería y anotar en la ficha cómo su paciente, que tuvo incrustada una hoja de sierra en la cabeza por varias horas, puede leer y escribir. Más adelante supe que recibí daños en mi "lóbulo frontal", lo que explicaba mi alteración del habla, pero que aún así me permitía comunicarme de otras formas.

Había días en los que me sentía a gusto con la presencia de mi madre o del personal de salud, que me estimulaban y felicitaban por mis avances, otros, sólo quería estar a solas. Recuerdo que un día mi madre llegó

contándome una historia ridícula respecto a un descuento en un supermercado, sentí que mi mano derecha temblaba y se cerraba lentamente en un puño. Mi mente volaba "cállate, cállate, cállate" y la maldita seguía hablando del ahorro que consiguió. En un momento inspiré mientras cerraba los ojos e intenté calmarme cuando sentí un dolor en mis nudillos, junto con el silencio que tanto anhelaba, abrí los ojos y miré mi mano derecha; tenía sangre y la marca de unos dientes, miré a mi madre y sostenía su rostro con ambas manos mientras me miraba con horror. La sangre corría entre sus dedos. Golpeé a mi madre sin darme cuenta, sin siquiera mirarla.

Llegó la enfermera, tenía los ojos muy abiertos

-Señora ¿qué le sucede?

En silencio, mi madre negaba con la cabeza mientras mantenía las manos cubriendo su boca. Caían lágrimas de sus ojos.

La enfermera miró mi mano y comprendió todo, tal vez fue por el tipo de trabajo que ejecutaba, o por su manera de ser, pero era una mujer muy discreta pese a ser tan joven. No me juzgó, no me miró de mal modo, no me odió por golpear a mi madre. La envolvió con el brazo y se la llevó.

Otra enfermera llamó al doctor.

Vacío en mi pecho, resequedad en mis ojos, no había pestañeado, tenía la mirada fija en un punto, paralizado. Con temor sentí ardor en mi mano nuevamente, ¿había golpeado a alguien más sin notarlo? ¿me había vuelto loco? Giré la cabeza y vi que la enfermera que se llevó a mi madre curaba mi mano, no sabía cuánto tiempo había pasado ya que no la vi llegar, colocar sus implementos, tomar mi mano y comenzar a curarla; al principio estaba tan distraído que no entendía lo que me decía, luego le puse atención.

-... comprendo que a veces los padres son un poco agotadores, pero son sagrados, ellos se sacrifican por nosotros, te lo digo porque tengo un hijo de tu edad y daría mis manos para que fuera feliz y créeme, me dolería el alma si me golpeará sin razón, afortunadamente no la insultaste, bueno, supongo que fue porque no puedes hablar ahora. No te sientas mal, esa reacción puede deberse al trauma que recibió tu cerebro. Nunca me meto en las vidas ajenas, pero te sugiero que te disculpes con ella, ya que ha estado bastante tiempo aquí, sin siquiera comer para acompañarte. Estás listo, no te saques la venda y cuando quieras ir al baño, avísanos- Me acarició la mano vendada y volvió a la estación de enfermería.

No lograba recordar mucho, sabía que había golpeado a mi madre, pero no sabía el motivo, sólo recordaba una ira fría, poderosa, calculadora al punto de pensar que en mi brazo izquierdo tenía la intravenosa, por lo que golpearla con la derecha era la mejor opción, pensamiento que se veía potenciado por el hecho de que se encontraba sentada de ese lado de la cama. No la vi el resto de ese día, ni los tres siguientes.

El doctor me hizo muchas preguntas, en conjunto con un psicólogo y un psiquiatra. Escribí a toda velocidad:

-“¿Dónde está mi mamá?”

El psiquiatra habló:

-Seré franco contigo, tu madre no ha venido porque le soltaste un diente y

se lo está reparando

-“¿Está enojada?”

-No, sólo triste. Quiero que sepas que esto no fue tu culpa.

-“Estoy arrepentido”

-Me alegra saberlo, eso indica que comprendes la situación pese a que no hayas querido provocarla.

Asentí

-¿Sabes por qué lo hiciste?

Negué. Todos anotaban cosas en unos cuadernos que traían.

-¿Sentías deseos de hacerlo al momento de golpearla?

Tardé un poco y finalmente asentí.

Salieron de la sala, hablaron entre sí mientras me miraban, al parecer hablaron con mi madre “su madre dijo”, alcancé a escuchar. Hablaron con ella en algún momento.

Mi padre también estaba hospitalizado en la unidad de cuidados intensivos. Era lo único que sabía.

Con el tiempo recibí muchos tratamientos, me hacían escribir mucho, me sacaban a caminar, me hacían apretar pelotitas y estirar resortes. Cierta día quitaron el vendaje de mi cabeza y pude abrir mi ojo izquierdo “los músculos no están comprometidos” dijo el doctor luego de presionar y estimular ciertos puntos, “reacciona a la luz” dijo luego de iluminar mi ojo con una linterna.

-Te cubriré el ojo derecho para hacer pruebas en este. Levanta el pulgar para decir sí. No muevas la cabeza por favor ¿puedes verme?

Se alejó y levanté el pulgar

-¿Me ves borroso?

Bajé el pulgar. Era un alivio ver con ambos ojos. Luego de esto, el doctor examinó la herida en mi frente, indicó a la enfermera que me pusiera un vendaje más pequeño, ya que no había necesidad de mantener cubierto mi ojo izquierdo por más tiempo.

Al parecer, sólo faltaba que hablara para que me dieran de alta. Al día siguiente vino mi madre, me miraba con cautela y se sentó cerca de los pies de mi cama, lejos del alcance de mis brazos, me dijo que estaba feliz de que no se viera perjudicada la vista de mi ojo izquierdo y que me veía más saludable. Le escribí “perdón mamá” y con eso pude comprobar que podía llorar. Las lágrimas rodaron por mis mejillas, también rodaron por las mejillas de mi madre, se acercó y me abrazó con cuidado.

-Tu padre te envía cariños, afortunadamente pudieron reimplantar sus dedos y no perderá su movilidad.

Mi padre. Al recordar el accidente sentí un odio intenso hacia él.

Nuevamente quería golpear a quien tuviera al alcance, pero no quería lastimar a mi madre otra vez. Cerré ambas manos en puños, mi madre se percató de que algo pasaba y se alejó de mí lentamente. Empecé a temblar, abrí la boca, en un grito sordo, con una mueca tétrica. Como una marioneta abandonada. Escuché un sonido desagradable, un ruido desafinado y ronco. Los niños de las otras camas me miraban con miedo, algunos lloraban, pronto noté que ese ruido era mi voz. Estaba gritando, grité mucho, todo lo que pude. Las enfermeras tuvieron que contenerme

porque empecé a patear y arrojar lejos lo que estuviera a mi alcance. Estaba furioso. La enfermera "discreta" (es el apodo que le dí) inyectó algo en mi intravenosa y comencé a marearme. Un sedante. Antes de dormir pude decir mi primera palabra en varias semanas "no". Desperté con las manos atadas a la cama con unas vendas para que no me hicieran daño con el roce. El psiquiatra me visitó nuevamente. Quería mostrar mi avance, que viera que me esfuerzo para que me dieran el alta, que era un buen muchacho.

-mma mma

-Estas articulando palabras, es excelente

Se dirigió a mi madre, quien se encontraba sentada junto a mí una vez más.

-Señora, fui informado respecto al episodio de esta mañana, su hijo será trasladado a una habitación individual, ya que su comportamiento actualmente es impredecible y representa un riesgo para los demás pacientes que se encuentran hospitalizados en esta sala.

-Lo están discriminando -dijo molesta mi madre-.

-Todo lo contrario, le daremos más privacidad y un espacio donde se pueda desenvolver mejor, ya que, imagino- dijo dirigiéndose a mí- que no te agrada que el resto de los niños se te quede viendo cuando sientes rabia o cuando mi colega revisa la herida de tu cabeza-.

Asentí

Al ver esto mi madre comentó estar de acuerdo con el cambio de habitación. Por la tarde vino un otorrino a revisar mi garganta, mi nariz y mis oídos "anatómicamente sin problemas" fue lo que dijo. Al día siguiente vino un fonoaudiólogo y en conjunto con una de las educadoras, intentaron ampliar mi vocabulario ya que no podía decir más palabras que "mamá" o "no". En este punto, el avance fue rápido. Cierta día durante mis ejercicios vi que el psiquiatra conversaba con mi madre en el pasillo. Alcancé a escuchar algo de un lóbulo y una cosa de la personalidad. Pude hablar, comunicarme de todas las formas posibles y mi herida sanó correctamente; ya estaba listo para que me dieran de alta. Me hicieron una serie de exámenes y me enviaron a casa.

Seguía con esta rabia, ya no me gustaban las mismas cosas ni las mismas comidas. Ya ni siquiera me agradaba el que era mi color favorito.

Comencé a contestarle de malas maneras a mis padres. Empezaron a discutir por mi causa. Cierta día escuché: "el doctor dijo que era posible que su personalidad cambiara".

¿Podía una herida en la cabeza cambiar la personalidad? Con esa edad y el acceso a información que tiene un convaleciente, no lo pude confirmar. Siguieron los episodios de ira unos años, hasta que mi padre instaló un poste en el patio y me hizo un garrote "cuando tengas ganas de golpear a alguien o sientas esa rabia que siempre tienes, ven a golpear este poste". Destrocé el maldito poste la primera vez, mis manos se llenaron de callos y sangre, pero no me importó, dio resultado. Cada vez que lo quebraba, mi padre me hacía uno nuevo mientras me aconsejaba, como si me leyera la mente, me decía "para que no dañes tu cuerpo debes hacer otros ejercicios". Por lo que empecé a entrenar. Mi actitud mejoró, el

matrimonio de mis padres se salvó y fuimos felices bastante tiempo. Me consideraba un tipo normal. Si sentía mis malestares estando en la escuela, podía soportarlos hasta llegar a casa. Debido a la fuerza que hacía con mi cuerpo para poder calmarme, las flexiones de brazos y piernas recomendadas por mi padre, desarrollé una forma muy atlética.

Ya tenía diecisiete años, mi vida no había cambiado mucho, sólo que en ese momento tenía novia. Mi primeras experiencias, en general fueron con ella. Tuvimos momentos románticos y tormentosos. Mi mal genio quedó guardado unos años en las profundidades de mi cabeza. No duramos mucho tiempo juntos. Me sacaba de quicio con sus idioteces, quería que le explicara cada cosa que hacía y a veces dejaba de hablarme sin decirme por qué. El día que terminé con ella, luego de recibir una bofetada y un par de insultos, no pude evitar sentirme algo triste pero no sabía cómo expresarlo, cómo sacarlo de mi sistema. No quería llorar, no quería que me abrazaran ni quería golpear mi poste. Al llegar a casa, mis padres se encontraban en sus respectivos trabajos. Subí lentamente a mi habitación y al entrar, mis ojos se toparon con mi gran armario de madera. Lo tenía desde niño, antes le temía pensando que las bestias más atroces podían salir de ahí para secuestrarme y que mis padres por muy cerca que estuviern no podrían evitar que me llevaran a las fauces de esa cripta en la que guardaba mi ropa. Esa vez lo sentí distinto, era atrayente. Me metí ahí, cerré las puertas y me quedé sentado en la oscuridad por horas entregado a mis emociones. Se sentía muy bien y cálido. No podía creer lo calmado y contenido que me sentía en un espacio que alteraría a cualquiera.

Había descubierto una adicción, sentarme dentro del armario y liberar mi mente. En repetidas ocasiones me sentaba a oler la ropa, las bolitas de naftalina, el barniz antiguo, el polvo. Decidí no contarles a mis padres. El hecho de tener un secreto en esa casa tan pequeña, por más insignificante que fuera, me daba un sentido de privacidad, de control sobre mí mismo, algo que no había experimentado desde aquel nefasto accidente.

Gracias a que estaba más relajado y con mi mente más abierta, me convertí en un excelente estudiante hasta que me gradué de la preparatoria. Aprobé los exámenes de admisión para la universidad e ingresé a la escuela de arquitectura, ya que desde pequeño me fascinó ver como mi padre diseñaba y constría cosas. Fue la única inclinación que no cambió cuando se dañó mi cerebro. No fue necesario irme de casa ya que la universidad quedaba a veinte minutos en bicicleta, y como decía el doctor "El ejercicio es bueno para ti".

Estaba muy calmado y por primera vez en mucho tiempo me sentí feliz. Estaba avanzando en mi vida y con esto podía ver cada vez más el alivio de mis padres al saber que cuando murieran, no terminaría como un marginado social o encerrado en un psiquiátrico. No lo decían pero lo tenían escrito en la cara.

A los veintidós años estaba dibujando un plano durante la madrugada, era un semestre difícil y estaba estresado, de nuevo sentía ese calor en mi

interior y mi armario no era suficiente para calmarme. Para probar algo diferente metí de puntillas a la habitación de mis padres y abrí su armario; en la parte baja había maletas y cubrecamas, por lo que no tenía espacio para sentarme. Estaba angustiado, no sabía qué hacer. Volteé y los vi dormir plácidamente, inmóviles, indefensos, calmados.

Me metí bajo su cama.

La sensación fue increíble. Ellos dormían, no tenían idea de mi presencia, me sentí poderoso, escuchaba sus respiraciones, sentía sus movimientos, sus balbuceos, sus aromas, hasta sus ronquidos. Toqué el colchón pasando mis dedos entre las tablas del armazón, pensando "no saben que estoy tocándolos" ...

## Capítulo 2

Estuve tres horas bajo la cama de mis padres. Cuando empezó a aclarar, me escabullí hacia mi habitación. Mi corazón galopaba y a pesar del frío y la falta de movimiento, mis mejillas estaban rosadas. Me tendí en mi cama con una sonrisa en los labios y dormí hasta las seis de la tarde. Al ser estudiante universitario, debido a las constantes traspasos, mis padres me lo permitían. Nunca había dormido tan relajado. Cuando desperté, me dí cuenta de que había eyaculado mientras dormía.

Me levanté muy confundido, preocupado e inquieto. Lo mejor en estos casos era la intelectualización, aunque fuera incómodo e inapropiado. Inicié con una serie de preguntas de autoconocimiento tales como: ¿me sentía atraído romántica o sexualmente por mis padres? Afortunadamente no; ¿me sentía atraído romántica o sexualmente por artículos de madera? No; ¿Me sentía atraído romántica o sexualmente por los espacios pequeños? Exactamente. Volví a tener una erección pensando en un pequeño pasillo sin ventanas. Maldita sea, ahí se esfumaba mi percepción de normalidad en mí mismo.

Mi madre me ofreció cenar. Acababa de llegar del trabajo. Era secretaria de una empresa de alfombras y mi padre trabajaba en contabilidad de forma independiente. Personas con gran ética laboral, no faltaban al trabajo, no tenían problemas con sus jefes y sus jornadas laborales no eran extensas, por lo que tenían tiempo para tener alguna afición. Era hijo único, por lo cual, cuando crecí, aparte de la gran cantidad de controles médicos, dejé de dar problemas. Mis padres estuvieron muy pendientes de mí luego del accidente, al punto de ser algo sobreprotectores, pero me permitieron leer lo que me gustara, salir dentro de horarios que les parecieran adecuados y como producto de todo aquello se puede decir que tuve una adolescencia normal, si dejamos fuera mis ataques de ira y mi posterior afición por los espacios reducidos.

Mi vida social no se vio afectada y el día en que me harté de explicarles a mis familiares el accidente, mi respuesta fue "prefiero no hablar de eso". Finalmente me dejaron en paz.

Cené a solas con mi madre, mi padre estaba en su taller haciendo otro



mueble, los cuales mi madre tenía intención de comenzar a vender ya que eran demasiados para nuestra casa. La cena era el cierre de un día perfecto, mi madre había preparado un plato muy extraño -así como el pasatiempo de mi padre era la carpintería, el de mi madre era la cocina- se llamaba "Humita", un plato, similar a un tamal, a base de crema de mazorca, albahaca, cebollas, manteca y algunos condimentos. Esta crema se presentaba envuelta en las mismas hojas de la mazorca y se ataba con un hilo. Una vez envueltos, se ponían a cocer en agua con sal. Cuando puse la mesa, mi madre me indicó poner una tijera, azúcar y un plato extra "para los hilos", imaginé que era parte del proceso de consumo de este extravagante plato. Cuando estaban servidos, se podían comer acompañados de ensalada de tomate o espolvoreados con azúcar. Una cosa extrañísima; estaban realmente deliciosos. Los que me gustaba comer eran los que tenían el hilo muy apretado. Parecían un reloj de arena, y su relleno daba la impresión de estar cautivo. Comí en grandes cantidades. Para finalizar, en lugar de postre, me sirvió una infusión caliente "para que no te quede el regusto de la manteca en la boca" me dijo.

Le deseé las buenas noches y subí a mi dormitorio, no sin antes pasar por el suyo y ver si mi estadía había dejado rastros. Ninguno. Mi madre era muy detallista con la limpieza y no había polvo en el cual dejar marcas. Fui a mi cuarto y me encerré en el armario. Repasé en mi cabeza cada momento vivido en la madrugada anterior y quería repetirlo "no eres culpable hasta que te atrapan" fue la frase que inundó mi cabeza. Seguí invadiendo la habitación de mis padres unos meses. Cierta noche, mientras iba a mi habitación, mi padre despertó.

-¿Qué haces aquí? -dijo aún medio dormido-.

-Revisaba si había dejado mi teléfono celular. Duerme papá

-Bien, buenas noches

-Buenas noches

Ahí, supe que no podría seguir usando ese refugio, ya que, al ser descubierto, independientemente del motivo o la mentira, ya no se sentía igual. Ya no era un secreto. Comencé otra búsqueda y esta vez no sabía qué era lo que necesitaba hasta que conocí a una mujer en la universidad, estudiaba enfermería, me gustaba bastante y era emocionalmente más independiente, por lo que la relación se hizo naturalmente fácil y sencilla. Ambos estábamos cursando las prácticas de nuestras carreras, es decir, a punto de titularnos. Los primeros meses hacíamos el amor como si no hubiera un mañana, ambos estuvimos solos mucho tiempo, por lo que nuestro instinto buscó equilibrio ante tan grande ausencia. Luego de eso, tomamos un ritmo un poco más normal, nos dedicamos a terminar nuestros estudios y nos fuimos enamorando cada vez más. Nos conocíamos muy bien y cuando me quedaba a pasar la noche con ella, acariciaba la cicatriz de mi cabeza mientras me susurraba un tímido "te amo" cuando creía que ya me había dormido. Me sentía feliz, libre, ya no estaba usando el poste, ni mi armario, ni el suelo de la habitación de mis padres; hasta estaba pensando en pedirle matrimonio. Le compraría un anillo con mi primer sueldo como arquitecto.

Todo se fue al carajo.

### Capítulo 3

Mi novia fue asesinada.

En su último año de universidad se quedaba hasta más tarde estudiando para su examen de grado. Yo ya estaba ejerciendo como arquitecto. Estaba adaptado y disfrutando mi nueva realidad, mis padres me pidieron que me quedara viviendo con ellos hasta que tuviera mi propio lugar. No me molestó la propuesta, ya que además de tener un hogar, planeaba casarme. Ese día llamé a mi novia para ir a buscarla, pero me dijo que no podríamos vernos porque no tenía claridad respecto a la hora en la que terminaría de estudiar "nos veremos mañana, te amo" fueron las últimas palabras que me dijo. Salió diez minutos después que sus compañeros por lo que al salir caminó sola una cuadra. Una cuadra, en una de las avenidas principales de la ciudad, con gran iluminación, sector en el que había una universidad, un supermercado y una estación de combustible. Se suponía que no asaltaban a la gente en ese lugar. Ella esperaba un taxi, tenía sus audífonos puestos, ya que le gustaba mucho la música y repentinamente sintió un brazo alrededor de su cuello además de un objeto duro y angosto en sus costillas. Ella era muy valiente, dio un puñetazo hacia atrás en la ingle del tipo, le dio un pisotón y se liberó de su macabro abrazo. Al separarse de él, mi casi enfermera notó que tenía un destornillador clavado entre sus costillas; el tipo aprovechó su sorpresa y le arrebató la mochila, ella cayó sobre sus rodillas, le costaba respirar, no pudo gritar por ayuda y su teléfono iba en la mochila, con sus libros y sueños. Tenía un pañuelo rosado en su cuello, el que usó para hacer señas a los autos. Un buen samaritano se detuvo, notó la sangre en su cuerpo y la llevó al hospital. Ella intentó hablar, pero tosía, buscó en la guantera del hombre y afortunadamente dentro del infierno en el que estaba, encontró papel y lápiz. "No me sigas. Te amo". Ella anotó su número de identificación y nombre al reverso de la nota. Le entregó la nota al conductor, susurró "para mi novio". Se acomodó en el asiento y miraba por la ventana, soportó el dolor sin sacar el destornillador, porque sabía que era más peligroso quitarlo que dejarlo ahí. Tosía sangre, sabía que ese pulmón estaba en muy malas condiciones. En un semáforo el conductor la miró y notó que estaba muy calmada mirando por la ventana, como si viera algo hermoso y relajante. Estaban a dos minutos del hospital. Llegó muerta al servicio de urgencias.

La llamé por teléfono tantas veces, le pedí el auto a mi padre y fui a buscarla. No estaba por ninguna parte. Caminé por donde ella caminaba habitualmente y encontré una banda elástica que ella usaba para atar su cabello junto a un charco de sangre. Fui al hospital más cercano. Al ingresar vi a un hombre con un manchas de sangre en la camisa y un papel en la mano. Abstraído, ausente. Pregunté por ella en la recepción y me dijeron que estaba ingresada, pero que debía esperar al médico para recibir información. Tomé mi cabeza, caminé en círculos. El tipo con la

camisa manchada me miraba con cautela. Salió un médico, preguntó por algún familiar de mi mujer y me acerqué. Le dije que era el novio y me comentó que la información sólo podía dársela a un familiar directo. Le rogué, además de explicarle que la estábamos buscando porque llevaba varias horas desaparecida, que yo podía informar a los padres. Aceptó, se acercó a mí, me hizo varias preguntas sobre mi novia y me dijo "señor, lo siento mucho, pero es probable que su novia haya fallecido, necesito que me acompañe y la vea para confirmar su identidad". Mi cerebro estaba frío, caminé por inercia y me acerqué a una camilla con un cuerpo cubierto por una sábana.

Su hermoso rostro estaba pálido y relajado, no se veía cansada, triste, ni asustada. Si un ángel la había venido a buscar, debió haber sido muy amoroso con ella. "Es ella" le dije al doctor. Le dí todos sus datos, ya que no traía identificación, además les dí el número telefónico de su madre. Comenzaron a hacer los documentos de defunción. Me pidieron que esperara fuera. Al salir, el hombre que estaba con el papel en la mano, se acercó a mí y me entregó una nota con machas de sangre y la letra de mi novia. Muy acongojado me dijo: "Yo la traje al hospital, me pidió que le diera esto. Lo siento mucho". Leí cien veces el mensaje; ella se despidió de mí, sabía que no lo iba a lograr, hubiera sido una excelente enfermera.

Inició la peor parte de la muerte, el aviso, el funeral, la maldita palabra que todos creían que ayudaría, pero sólo irritaba "resignación", las palmadas en mi hombro, los abrazos, algo con lo que nunca me había sentido cómodo. Pero se trataba de ella, no de mí. No permití que me vieran llorando por ella. Esas lágrimas eran para ella, no para sus amigos, sus padres, quienes me culpaban de su muerte, o los míos que estaban expectantes por si me descontrolaba y lo destruía todo. Fueron tres días en los que casi no dormí ni comí. Sólo quería estar junto a ella. No morí porque ella me lo pidió, de lo contrario, este cuerpo hubiera sido destruido tal como mi alma y corazón. Ella quería ser cremada y que sus cenizas fueran el alimento para un árbol. Así se hizo. Cuando pusimos el ánfora en el agujero junto a un pequeño árbol, dejé caer el anillo que le había comprado justamente aquel extraño día.

Llegué a casa, tomé mi bate y destrocé mi poste. Mi padre, un hombre sabio, en silencio se las ingenió para tener listos dos postes más, por lo que me sentí agradecido, usé guantes para que la piel de mis manos durara un poco más. Acabé con los tres postes, con los guantes y mis manos destrozadas. Por segunda vez en mi vida grité, estaba fuera de mí, oía gritos animales que salían de mí.

Cuando terminé de lidiar con mi tristeza estaba sentado en el suelo, como una bestia. Mi padre se acercó, metió un pequeño trozo de chocolate en mi boca para que no me desmayara y me llevó a la ducha. Yo sólo me dejé llevar. Me desvistió, me sentó en la tina y abrió la llave del agua. Comenzó a bañarme como si fuera un niño. Mi madre estaba ayudándolo desde el principio. Ella lo apoyaba en todo. Conocían a su hijo, sabían que los consuelos convencionales no me ayudarían. Me olvidé del pudor que me provocaría en cualquier otro momento que mis padres me vieran

desnudo siendo un adulto. Me enjuagaron, me sacaron de la tina con gran cuidado y me pusieron un pijama. Mi madre comenzó a curar mis manos, mi padre llamó a mi trabajo para informar lo sucedido, mi jefe quien ya había sido muy comprensivo autorizándome días libres por duelo, me dio unos días más para que me recuperara de mi pequeño accidente, el cual despellejó mis manos (una quemadura según mi padre). Aún era de día. Me sentaron a la mesa, me dieron una crema caliente, como las que comía en el hospital, pero esta vez estaba deliciosa. Mis amados padres pensaron en todo. Sólo pude decir "lamento haberte golpeado en el hospital mamá y lamento lo de tu mano papá". Las lágrimas rodaron en sus mejillas, me dijeron que estaba todo perdonado desde hace mucho tiempo y que me amaban, que ya no pensara en eso. Me llevaron a mi habitación, me dieron una pastilla morada que era dulce, pero que alcancé a notar que era un medicamento. No me importó, mis padres no me harían daño. Luego supe que era un ansiolítico. Me lavaron los dientes, me acostaron, me arroparon y se sentaron junto a mi cama hasta que me dormí. Soñé con mi mujer toda la noche, todas las noches, por todo un año.

Nunca encontraron al tipo que la mató.

#### Capítulo 4

Perdí mi trabajo. Tuve que renunciar ya que no podía salir de la casa. No quería vivir, no me bañaba en semanas, apenas comía, siempre tenía frío y estaba tan débil que ya no podía ni llorar. Un psiquiatra vino a verme. Me dejó medicamentos que sólo lograban estreñirme pero que no hacían nada por mejorar mi estado. No perdí los dientes porque mi madre no me permitió dejar de lavarlos. Una mañana llevó a mi habitación un set de carpintería que tenía cuando era pequeño y que me encantaba antes del accidente. Lo dejó sobre mi escritorio sin decir palabra, con la evidente esperanza de que cambiara el patrón que había tomado mi vida. Me dejó a solas y me senté en mi silla de trabajo. Tomé una de mis sierras, sólo para contemplarla a contraluz y tratar de descubrir cómo pude sentir tanto amor por semejante porquería. Corté una tablilla, luego otra y terminé construyendo una pequeña cama y un diminuto ropero. Me distrajo de la miseria que sentía. Comencé a extraer materiales del taller de mi padre: pegamento para maderas, trozos de madera, pintura, brochas y todo lo que guardé del tiempo en el que construía maquetas para presentar en la universidad. Hice tantas maquetas, mi inclinación hacia los lugares pequeños se vio en incremento y hacía una maqueta de cada lugar al que recordaba haber ido. La cafetería, el baño de un restaurante, mi habitación. Mi día se dividía en un poco de sueño, mucho trabajo y mucho tiempo debajo de mi cama. Empecé a dormir ahí y como ya estaba acostumbrado, no sentía dolor en el cuerpo por dormir en el suelo. Me convertí en un autómatas. Llené la casa de maquetas. Mi madre me preguntó si las podía vender y le respondí que las podía quemar si así lo deseaba ya que lo que me servía era el proceso de construcción y no la

maqueta en sí. Luego de dos meses de nadar en mi tristeza sentí apetito. Bajé a la cocina, mis padres estaban en el trabajo, volvieron cuando estuvieron absolutamente seguros de que no me suicidaría. Tuve que mostrarles mi tesoro ensangrentado para que creyeran que era en serio que viviría, que no sería tan débil para no cumplir la última voluntad de mi mujer. Llegué a la cocina y encontré la cena de la noche anterior. No la calenté, comí con las manos, de pie junto al refrigerador abierto. Consumí una cantidad enorme de comida, mi instinto de supervivencia luchó con mi pena y me volví una bestia. Luego vomité en el lavaplatos pocos minutos después, ya que mi estómago había reducido considerablemente sus proporciones debido a mi casi inanición. Entró mi padre. Cuando me vio me sentí patético, estaba muy sucio, acababa de agregar manchas de comida y vómito a mi indumentaria.

-Tienes hambre? -Me preguntó sin más preámbulos-

-Si

-Ve a lavarte la cara y las manos. Te calentaré algo.

-Gracias papá

Me dio un consomé que acababa de hacer con un poco de pollo, cebolla, zanahoria, sémola y huevo.

-No puedes comer grandes cantidades luego de haber pasado tanto tiempo sin comer casi nada, te va a seguir pasando esto y te dolerá el estómago. Hay que volver a darle forma lentamente -me explicó-.

Me sentí muy reconfortado.

Retomé paulatinamente mi rutina, sin dejar de construir maquetas de manera obsesiva. Mi madre hizo bastante dinero con la venta de las maquetas, el que depositó en mi cuenta. No guardó un centavo para ella, mi padre o los gastos de la casa.

Tardé dos meses más en volver a ser el mismo hombre, esta vez sin corazón, pero un hombre funcional finalmente. Pedí empleo en la misma empresa a la que había renunciado. Tuve la suerte de que hubiera una plaza disponible. Trabajé como un loco, era la mejor forma de apagar el dolor. Llené mis bolsillos con dinero. Ahorré mucho ya que en casa dividíamos todos los gastos en partes iguales.

En un par de años logré reunir suficiente dinero para el pie un apartamento y dejé mi hogar de la infancia. Me convertí en un buen hombre, triste y considerado como mis padres. El día que me fui, les regalé un perro. Con eso sería un poco más llevadero el nido vacío.

Estaba a mis anchas, mi cuerpo me pedía ciertas cosas que no se podían suplir con ejercicio ni con masturbación, por lo que contraté bastantes prostitutas para sentir el calor de una mujer de vez en cuando, sin el dolor de la convivencia ni la preocupación por el otro. A veces sólo les pagaba por dormir en mi cama y meterme debajo. Eyaculé muchas veces haciendo esto, sin estímulo físico alguno. Afortunadamente yo hacía la limpieza en mi casa, por lo que era responsable de mis propios desastres. Usar un condón en esas circunstancias era bastante útil.

El condominio en el que estaba viviendo era nuevo por lo que tenía pocos habitantes. Eran siete torres, formaban una "U", tres por lado, frente a frente y una cerrando el semicírculo, enumeradas del uno al siete, de

cinco pisos cada una, con cuatro departamentos por piso. En el centro estaban la piscina y unos juegos infantiles. Mi departamento estaba en el quinto piso, la vista daba a uno de los edificios de enfrente del que noté tenía sólo la mitad de los departamentos ocupados.

Durante el verano, mientras estaba de pie en mi balcón, vi que había una pareja en el apartamento del quinto piso del edificio de enfrente, reían, jugaban y no se dieron cuenta del mucho tiempo que los estuve mirando. Estaban limpiando antes de traer sus muebles. No tenían hijos. No pude evitar quedar embelesado con ellos, nunca había visto santa sincronía, tanta complicidad en una pareja, ni siquiera en mis padres. Este par era distinto, eran descarados, se acariciaban cuando pasaban cerca del otro, se daban palmadas en el trasero, se hacían cosquillas. Se adoraban. Tuvieron la suerte de encontrarse el uno al otro. Y de que no se les cruzara un drogadicto con un destornillador.

Ella era de estatura promedio, tenía pechos pequeños, el cuello largo, brazos huesudos, ese conjunto de características, sumado a la ropa suelta que usaba para ocultar una pequeña barriga resultado de los dulces que le gustaba comer mientras veía televisión, la hacía ver larga y estilizada. Elegante. Él tenía un aspecto distinto, un hombre grande, de piernas musculosas, alto, de espalda ancha, fanático de las bermudas, y que al parecer, nunca tenía frío. Ambos tenían el cabello oscuro. Combinaban muy bien.

Esa hubiera sido mi vida de no ser por las circunstancias que me arrebataron a mi compañera.

Los miré mucho. Disimulando, con las luces de mi departamento apagadas, los miraba a través de mis cortinas. Quería conocerlos mejor, estar más cerca de ellos. Los departamentos de abajo y a los costados del suyo estaban vacíos, lo que facilitaba el espionaje. En las noches comencé a ir su edificio, me acercaba a la puerta y escuchaba lo que estaban haciendo. Me sentía atraído por ellos, me atraía su vida y quería estar en ella. Eran muy felices, nunca escuchaba peleas, ella lo regañaba de vez en cuando y siempre él la hacía reír al final, "te reíste, ya no estás enojada" le decía todo el tiempo. Se reían mucho, ella tenía una risa encantadora, fuerte, ronca. Tenía la risa de una mujer potente, apasionada y que ha llorado tanto que aprendió a reír desde el alma. La risa de él era más suave, tranquilizadora y contagiosa. Un hombre muy maduro para ser tan joven. El par perfecto. Tan dañados, con tantas carencias y dolores que, al complementarse, se hacían uno. Ella a veces llegaba llorando de su trabajo, al parecer tenía un trabajo con mucha presión. Él no le reclamaba nada, no le preguntaba nada, se escuchaban sollozos ahogados, probablemente él la estaba abrazando mientras yo pegaba la oreja a su puerta. Él la dejaba llorar, le ofrecía algo para comer, la tranquilizaba. Ella reclamaba, que quería cambiarse de trabajo, pero no podía porque no había campo laboral en su área. Él la apoyaba incondicionalmente. Se decían que se amaban todos los días.

Uno de los días en los que fui a "oír la vida", noté que dejaron la llave puesta en la puerta y que su auto no estaba en el estacionamiento. Qué

suerte, qué tentación, qué ganas de girar esa llave y conocerlos más, de tocar sus cosas, de oler su ropa, de mirar su basura. Tomé la llave entre mis dedos la giré dos milímetros y retrocedí.

Golpeé la puerta para saber si había alguien en el apartamento. Vacío. Preferí no ceder a mis deseos porque no tenía certeza del tiempo con el que contaba. La pasión se apoderó de mí y decidí sacar una copia de esas llaves. Fui corriendo a sacar una copia al cerrajero que atendía a diez cuadras del condominio. Si volvían antes que yo, dejaría las llaves en la recepción refiriendo que las encontré en el suelo. Al volver, mis vecinos no habían llegado, lo supuse porque su auto no estaba. Corrí por las escaleras al quinto piso de su edificio. Volví a golpear la puerta, para confirmar que no había nadie, si abrían, les preguntaría si esas llaves eran suyas, ya que las encontré en el suelo.

Limpié mis huellas de las llaves y las puse en la cerradura. Cuando me alejaba de la puerta, oí la risa de la mujer que venía subiendo por las escaleras con su esposo. Aprovechando mi ropa deportiva simulé trotar, pasé a su lado, me saludaron "Buenas tardes", les respondí lo mismo y bajé con la naturalidad de un vecino normal que iba a ejercitarse. Cuando iba bajando la escuché exclamar "amor, se nos quedaron las llaves puestas, ¡qué peligroso!".

Dejé pasar tres semanas antes de volver a acercarme a ese apartamento. Sólo los miraba desde el mío. No salían mucho a su balcón, y cuando lo hacían, ella siempre estaba en pijama, al parecer le agradaba quedarse en casa en sus días libres. Yo siempre tenía su llave colgada al cuello y la acariciaba cuando me metía bajo mi cama. Imaginaba lo que estarían haciendo, abrazándose, riendo, "comiendo algo rico" como proponía ella cada fin de mes.

Esa hubiera sido mi vida. Me sentía tan bien y tan mal cuando los veía. Pese a que mi cerebro estaba lastimado y mi personalidad quedó alterada, entendía que no podía hacerles daño, que no podía apoderarme de su vida, que no debía matarlo a él para quedarme con ella, que no debía matarla a ella para que él sufriera como yo. Tenía ganas de hacerlo, pero la buena crianza que me dio mi padre me enseñó a ser justo, y lo más injusto de esta tierra hubiera sido separar a esos dos. Pasé un año acosándolos, nunca cambiaron la chapa de la puerta y nunca más dejaron las llaves puestas. El resto de departamentos de aquel piso seguía desocupado, por lo que el riesgo de que alguien me viera tan cerca de esa puerta era nulo. Me encantaba oírlos conversar.

Cierto día los oí planificar un fin de semana fuera de la ciudad. Cuando se fueron, entré al apartamento. Mi corazón latía desbocado. Me puse unos cubre zapatos, una redecilla en el cabello, usé guantes y comencé mi recorrido. Lo primero que hice fue conocer la cama, en caso de que necesitara un escondite ante la remota probabilidad de que volvieran antes por alguna razón. Fui a la cocina y noté que eran ordenados. Abrí y cerré cada puerta, de cada mueble. Tenían un sector en su alacena que era sólo para golosinas. Me pareció divertido. Luego fui a su sala, tenían un sofá de color claro en el que me senté, un televisor y cortinas largas. Había un sector en el que normalmente habría una mesa de comedor y

sus respectivas sillas. Ellos habían puesto un sector de lectura, con un estante lleno de libros, una alfombra mullida y varios cojines. Era adorable y muy creativo. Toqué sus libros, olí sus páginas, miré las arrugas de los lomos, las que quedan cuando uno lee novelas largas. Doblaban las páginas que les gustaban. Imperdonable. Aparentemente no tenían planes de tener hijos, ya que el segundo dormitorio era una oficina, las paredes y decoración eran de tonos claros. Cada uno era el mundo completo del otro. Cuando miraba su sala, recordé que cierto día estaban viendo una película y él dijo "si te vas, me voy contigo".

Ella respondió "yo también me voy contigo si te vas primero". Un beso y a seguir viendo la película.

Hicieron un pacto de muerte, mientras veían una película!

Nunca iban a poder vivir sin el otro. Siempre iban a poder vivir con y para el otro. La envidia me destrozaba el estómago.

Ya estaba dentro de su propiedad corriendo el mayor riesgo, registrándolo todo así que, daba igual llegar un poco más lejos. Instalé un micrófono que llevé conmigo. En el mueble del televisor en la cara inferior de una de las tablas. Un lugar que no se mira ni se limpia, esperando se oyera bien. Oriné en su baño para marcar mi lugar en ese departamento, dejé todo tal como lo encontré y volví al mío.

Cuando volvieron de su fin de semana, pude probar el micrófono. Se oía excelente. Entré más en su intimidad. Se hablaban como niños, se insultaban de manera cariñosa (me pareció un poco extraño). Cuando hacían el amor ella se preocupaba de que las ventanas estuvieran cerradas para que los vecinos nos los oyeran. Era astuta y tenía claridad de la acústica en el condominio, la cual no era la más favorable en esos casos. Si hacías mucho ruido dentro de tu propiedad con las ventanas abiertas, se oía en el parque y rebotaba en los otros edificios debido a la ubicación de estos. Sus episodios sexuales eran fascinantes, a veces se pedían golpes, otras se repetían que se amaban una y otra vez. Eran unos locos.